

Iglesia católica, Pastoral de Migraciones y derechos humanos en Neuquén, 1979/1986

*Cecilia Azconegui**

La presencia de chilenos en la Patagonia, en general, y en Neuquén, en particular, no era una problemática nueva. Si bien el flujo migratorio chileno-argentino había sido una constante en la historia de estos países, el mismo adquirió nuevas características a raíz de los golpes de estado producidos primero en Chile y, posteriormente, en Argentina. El régimen militar encabezado por el General Augusto Pinochet influyó directamente en el volumen y las causas del proceso migratorio. Las políticas represivas impulsaron a miles de personas hacia el exilio en distintos países, siendo la Argentina una de las mejores opciones para los sectores más vulnerables que carecían de protección y de contactos partidarios para organizar la partida. De manera similar, el cambio en las políticas económicas y sociales, y la adopción del modelo neoliberal a partir de 1980 determinaron la salida de nuevos migrantes que vieron en la Argentina una alternativa a la ausencia de trabajo, salud, y educación en su tierra natal.¹

Sin embargo, la provincia que los recibió no estaba preparada para este contingente de personas y los chilenos tuvieron que atravesar múltiples pro-

* Profesora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magister en Política Internacional por la Universidad de Melbourne (Australia) y Doctoranda en Historia por la Universidad de San Andrés. Docente en el área Argentina e investigadora en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue/Cehepyc/CLACSO. Correo electrónico:cazconegui@gmail.com.

¹ De acuerdo a los censos poblacionales los chilenos que residían en Neuquén pasaron de 10.477 en 1970, a 30.408 en 1991, representado en este último caso el 8 % de la población provincial. Para un análisis de las cifras del exilio chileno en la Norpatagonia ver: Azconegui, 2016a.

blemas jurídicos, económicos, sociales, culturales.² Frente a esta situación de vulnerabilidad surgió en 1979 la Pastoral de Migraciones de Neuquén cuya acción pastoral se analiza en este capítulo.

Dado que la problemática migrante ha sido relativamente marginal dentro de las preocupaciones de la jerarquía católica, el tema no ha sido prácticamente abordado por la historiografía. Los estudios sobre las relaciones entre la Iglesia Católica, el catolicismo y el Estado en los años setenta y ochenta se han centrado principalmente en temas como el impacto de la renovación conciliar y la formación (y crisis) de movimientos católicos renovadores así como en la estrecha relación entre la jerarquía católica con el poder tanto civil como militar. Por otra parte, quienes han tomado a los inmigrantes como sujeto de sus investigaciones han reflexionado sobre su religiosidad sin considerar la labor de la pastoral migratoria ni la potencialidad de su rol como agente de promoción social y facilitador del proceso de integración en la nueva sociedad. No obstante, la decisión de focalizar en las concepciones y prácticas religiosas de los miembros de la pastoral nos permite enmarcar esta experiencia dentro de un espectro más amplio como el “catolicismo de la diversidad” (Mallimaci, 1992), y pensarla en diálogo con otras instancias de sociabilidad como las comunidades eclesiales construidas en torno a los Seminarios de Formación Teológica (Giménez Béliveau, 2007, 2008).

Elaborado a partir del análisis crítico de fuentes documentales del archivo de la pastoral de migraciones que fueron complementados y/o contrastados con testimonios orales obtenidos en el marco de entrevistas semi-estructuradas realizadas por la autora,³ este trabajo consta de cuatro apartados. Primero

² La histórica presencia de chilenos en la región se debe tanto a los problemas económicos de las provincias de la Araucanía chilena (áreas predominantemente rurales incapaces de generar empleos para su población) como a las oportunidades laborales en la provincia de Neuquén (Perren, 2013). No obstante, la debilidad estructural de la provincia para la absorción de los recién llegados –que se vio, a su vez, agravada por las características más generales de la evolución económica nacional-, hizo que los mismos fueran precariamente incorporados al sector terciario y a la construcción (Palermo, 1988).

³ Realicé entrevistas con miembros del equipo de la pastoral de Migraciones. Autodefinidos como denevarianos, los recuerdos estuvieron mediados –entre otras cosas- por los cambios producidos dentro de la diócesis luego de la muerte de Jaime de Nevaes en 1995 y la progresiva pérdida de peso específico de estos sectores dentro de la comunidad católica. Esta situación estuvo muy presente porque las entrevistas fueron realizadas en el marco de las denuncias anónimas contra el obispo salesiano Marcelo Melani por permitir que sus sacerdotes caigan en “abusos litúrgicos” e “imprecisiones teológicas”, y su posterior desplazamiento en noviembre de 2011. Estos hechos reafirmaron la tendencia iniciada en 1995 y reforzaron la percepción de los actores sobre la excepcionalidad de las prácticas desarrolladas bajo el mandato de Jaime de Nevaes.

reconstruyo el origen de la pastoral local como parte de un proceso más amplio que se dio en la Patagonia estableciendo las particularidades neuquinas. Después, examino dos acciones pastorales concretas realizadas en 1986. Así, en la segunda parte estudio las estrategias desarrolladas en el seno de la institución y en diálogo con otros actores sociales y políticos para resolver la situación jurídica de los indocumentados –un grupo particularmente vulnerable dentro del universo migrante-. En la tercera, analizo la realización del seminario sobre vivienda popular como una actividad de promoción social en la que desde la pastoral se promovió la organización de los sectores populares con el objetivo de concretar la “vivienda propia” entendida como un derecho humano. Finalmente, cierro con unas reflexiones sobre la relación entre la pastoral y los migrantes.

La pastoral de migraciones de Neuquén

El arribo de un nuevo contingente de europeos después de la segunda guerra mundial motivó una respuesta institucional del Episcopado argentino que cristalizó en la creación de la Comisión Católica Argentina de Inmigración (CCAI) en 1953. A fines de los sesenta, cuando la migración limítrofe superó en sus demandas a la europea, y se impuso como el grupo más vulnerable, la CCAI cambió el perfil de sus asistidos y la modalidad de trabajo. A partir de allí, la asistencia a los migrantes (ahora limítrofes) en sus necesidades se complementó con el análisis de la problemática migratoria y, posteriormente, con el trabajo coordinado con las iglesias del Cono sur -insertas en los países originarios de la emigración- para asistir a las personas desde antes de la partida. La nueva perspectiva incluía, a su vez, la aplicación de los principios del Concilio Vaticano II abordando al hombre en todas sus dimensiones y no solamente en la espiritual. Por otra parte, la CCAI continuó con el asesoramiento y la colaboración con el gobierno argentino. Esta línea de trabajo redundó en políticas y programas con beneficios concretos para la población limítrofe residente en el país como la amnistía de 1974 -que regularizó la situación de 147.383 inmigrantes (Mármora, 1983)-, y la asistencia a los refugiados políticos -que protegió a 15.849 personas entre 1974 y 1983 (Azconegui, 2014).

Durante la dictadura, la CCAI centró su accionar en la protección de los refugiados políticos proveniente de países limítrofes. No obstante, los in-

migrantes y su situación de vulnerabilidad continuaron como una preocupación en algunos sectores de la jerarquía católica. Los obispos patagónicos -con diócesis con alto nivel de población migrante- sentaron durante esos años las bases de la pastoral migratoria en la región. Enmarcados en los lineamientos generales trazados a nivel del Cono Sur, los líderes diocesanos realizaron una serie de encuentros argentino-chilenos para coordinar sus labores pastorales y plasmar en el terreno la ayuda a los numerosos migrantes. Las líneas de trabajo se plantearon principalmente en dos ejes: uno político-institucional, de denuncia de las políticas de sendas dictaduras -autoproclamadas católicas- identificadas como las responsables directas de la situación de vulnerabilidad de los migrantes, y otro social, de atención concreta a las personas en sus necesidades (Azconegui, 2015).

A pesar de los esfuerzos realizados, los resultados a nivel regional y nacional fueron magros. Las razones que subyacen al bajo desempeño de esta pastoral deben ser entendidas a la luz de los cambios al interior del episcopado argentino, sus prioridades, y de su relación con la dictadura militar. Si desde mediados de los setenta el objetivo central de la jerarquía era la reorganización de la Iglesia sobre bases claramente conservadoras, lo que implicaba el disciplinamiento de los sectores más radicalizados y la implementación de una línea cada vez más “espiritualista” (Obregón, 2005), no sorprende la falta de financiación institucional para una pastoral migratoria que -según los lineamiento trazados en los encuentros- no se circunscribía al terreno espiritual sino que tendía a empoderar al migrante, y a promoverlo para que defendiera sus derechos y se insertara activamente en organizaciones de la comunidad de acogida.⁴ Más aún, los límites al alcance de esta pastoral estaban resguardados desde el más alto nivel con la presidencia del equipo episcopal de migraciones a cargo del obispo Rómulo García -quién consideraba que el nuevo orden debía surgir de “la propia interioridad del hombre”, una interioridad que pasaba más por “ser justos que por pedir justicia” y por “ser libres de los vicios que nos aprisionan más que por proclamar la libertad” (Obregón, 2005: 152). Como se desprende de las palabras

⁴ Más allá de los aportes que pudieran llegar de la CCAI y de los acuerdos generales trazados en los encuentros, cada una de las diócesis tenía la autonomía para determinar los recursos y las acciones que considerara necesarios. En consecuencia, el crecimiento de la pastoral de migraciones fue trazando un camino dispar sobresaliendo, en el caso de Argentina, el trabajo de la diócesis de Viedma y Neuquén.

del obispo García, el “pedido de justicia” no era una de las funciones resaladas en la nueva pastoral. En consecuencia, las críticas realizadas por los obispos patagónicos tenían pocas probabilidades de derivar en demandas a nivel nacional, y de hecho, no lo fueron.

Este posicionamiento pastoral sumado a la escasa relevancia de la realidad migrante -su explotación económica y su vulnerabilidad frente a un gobierno que tenía una política restrictiva enmarcada en la doctrina de la seguridad nacional- en un contexto dominado por las masivas violaciones a los derechos humanos hicieron que el tema no formara parte de la intensa agenda del episcopado argentino en su relación con la jerarquía militar. Este, al igual que otros silencios, es decisivo si se considera el rol central de la Iglesia católica en la legitimación de la dictadura. No sólo la violencia estatal ejercida sobre la población (nativa e inmigrante) tuvo una fundamentación religiosa sino que la actitud episcopal avaló esta legitimación y permitió su sostenimiento.⁵ Si bien hacia 1981 la jerarquía redefinió su lugar en la política y la sociedad tomando distancia del régimen -se presentó a sí misma como ajena a la lógica de la política, como una instancia superior y englobadora de las demás instituciones y esferas de la vida social y distribuyó responsabilidades estableciendo que era necesario reprimir a la guerrilla pero se utilizaron métodos poco adecuados (Bonin, 2002; Fabris 2010)-, la vulnerabilidad de la población migrante siguió ausente de sus preocupaciones.⁶

Paralelamente, estos años fueron de intenso trabajo en Neuquén en donde la atención al migrante se incorporó como la nueva línea de trabajo de una pastoral reconocida por la “opción preferencial por los pobres” plasmada en el apoyo a las comunidades aborígenes y la defensa de los derechos humanos. El nacimiento de la pastoral de migraciones en 1979 fue producto de la confluencia de una serie de factores en donde sobresalen al menos tres: la influencia de los encuentros patagónicos binacionales, la crítica situación que debieron atravesar los chilenos que residían en la diócesis durante el con-

⁵ Como Ruderer (2010) ha argumentado, la combinación entre el argumento moral-religioso de los militares y la apenas teológicamente fundada y cautelosa crítica de los obispos, condujo a una confirmación de la legitimación militar de la violencia, y a que se pudiera mantener en pie el argumento del valor cristiano para justificarla.

⁶ El primer pronunciamiento pastoral del Episcopado argentino en torno a la inmigración y su evangelización se dio en el Documento ‘Iglesia y Comunidad Nacional’. Allí quedó en claro que la preocupación del episcopado era el peligro de la substitución cultural, dejando de lado los aspectos materiales de la problemática migrante.

flicto del Beagle de 1978 y la llegada a Neuquén -en busca de refugio- de una pareja de laicos con cierto grado de experiencia en pastoral migrante. Es decir, si bien la diócesis venía participando de los congresos, y tenía un sacerdote que cumplía el rol de responsable diocesano –gestionando, principalmente, todo lo relacionado con la documentación para la radicación- no existía un equipo de trabajo dedicado específicamente a la problemática. La crítica coyuntura de 1978 dejó en evidencia la desprotección de los chilenos y motivó la convocatoria del obispo a constituir una Pastoral de Migraciones como un intento de atender al fenómeno inmigratorio en su conjunto, y de dar respuesta a las necesidades cada vez mayores de una comunidad que continuaba recibiendo personas principalmente de Chile. Esta instancia que se abrió en Neuquén resultó la solución ideal para una pareja de migrantes chilenos –quienes habiendo ingresado al país en 1976 y trabajado en pastoral migratoria en Buenos Aires ya no podían permanecer allí por razones de seguridad- que gracias a las redes del catolicismo liberacionista se pusieron en contacto con Jaime de Nevares y desembarcaron en la región.⁷ De esta manera, la diócesis reafirmó su perfil de espacio de contención y de defensa de los derechos humanos y, al mismo tiempo, se enriqueció con el exilio interno de católicos comprometidos que pasaron a nutrir a sus comunidades y pastorales.

La estructura y composición que adquirió la pastoral neuquina se alimentó tanto de la impronta diocesana como de la formación de sus flamantes agentes. La perspectiva eclesial de la iglesia como “comunidad de fieles” (Levine, 1981) que el obispo de Nevares imprimía en su diócesis se plasmó en la conformación de un equipo, compuesto exclusivamente por laicos –con amplia mayoría de inmigrantes-, con una dinámica de trabajo horizontal que favorecía la responsabilidad y la autoridad compartida. Más aún, el hecho de que el mismo estuviera integrado por inmigrantes contribuía a la homo-

⁷ Liliana Rubilar y Jorge Muñoz Villagrán son una pareja de católicos chilenos que huyeron de Santiago de Chile en 1975. Desde su llegada a Buenos Aires se insertaron en un grupo patrocinado por y relacionado con Carlos de Dios Murias en las villas de José León Suarez. Si bien el grupo planeaba trasladarse a trabajar a la diócesis de La Rioja, el asesinato de Carlos de Dios Murias primero, y del obispo Angelelli después (ambos en 1976 y a manos del terrorismo de Estado), truncaron esta posibilidad. El grupo siguió funcionando hasta que desaparecieron tres de los once miembros. Luego de vivir en la clandestinidad durante unos meses, el contacto con el sacerdote salesiano Mario Leonfati -uno de los fundadores del Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos y con vínculos con el también salesiano obispo de Nevares- a quien conocían por su trabajo en el equipo promotor de la pastoral de chilenos hizo posible su llegada a Neuquén. (Muñoz Villagrán, 2012).

geneidad del grupo –que utilizaba la experiencia común y la reflexión como guías para la acción– al tiempo que demostraba hasta qué punto la línea diocesana asumía los principios del concilio Vaticano II y entendía al mundo –en este caso al inmigrante y su realidad– como una fuente potencial de valores religiosos para los católicos.⁸ En lo que respecta a los agentes pastorales, es preciso destacar que el equipo ha estado liderado desde sus orígenes por Jorge Muñoz Villagrán, un católico “de carrera” (Giménez Béliveau, 2007) quién hacia 1985 se integró –como muchos otros laicos de la comunidad católica neuquina–, a las comunidades de los Seminarios de Formación Teológica. Su pertenencia a este espacio socio-religioso que forma católicos activos que conciben la autoridad en términos de testimonio y están comprometidos con una “praxis histórica liberadora” (Giménez Béliveau, 2007, 2008) es otra de las variables claves para comprender el perfil de esta pastoral de migraciones que, como veremos en este capítulo, incorpora el asesoramiento legal y religioso de los migrantes pero no se reduce a ello.

Así, la impronta diocesana y el perfil de los miembros de la pastoral se potenciaron, se reforzaron mutuamente para tratar de hacer posible una de las premisas de los seminarios, reubicar las prácticas católicas en relación con los pobres, transformando el principio de “ser la voz de los que no tienen voz” en “permitir que se exprese la voz de los pobres” (Giménez Béliveau, 2008); en este caso, una pastoral de migraciones para y por los migrantes.

La mesa de trabajo sobre política migratoria nacional y regional

El estudio de las condiciones de vida de los inmigrantes residentes en la Argentina y el posterior reclamo a las autoridades nacionales para modificar las políticas gubernamentales identificadas como las causantes de su vulnerabilidad es una línea de trabajo que la pastoral de migraciones neuquina tomó de las experiencias previas que enmarcaron su trabajo a nivel nacional –la CCAI– y regional –los encuentros Patagónicos.

Esta estrategia político-institucional había tenido resultados dispares. Según el director nacional de migraciones que implementó la amnistía de 1974, los informes de la CCAI fueron centrales para que el dato de la can-

⁸ La mayoría de las diócesis patagónicas crearon comisiones con estructuras verticales lideradas por sacerdotes, y, aunque incorporaron a laicos, en raras ocasiones incluyeron a migrantes. No es casualidad que la otra diócesis que conformó un equipo pastoral fuera la de Viedma (Argentina) a cargo del obispo Miguel Hesayne (Azconegui, 2015).

tividad de inmigrantes limítrofes indocumentados deviniera en una preocupación para el gobierno peronista que decretó posteriormente la amnistía exclusivamente para este grupo (Mármora, 1983). Por otra parte, y como ya mencionamos, las denuncias emanadas de los encuentros patagónicos realizados durante la dictadura no alcanzaron nivel nacional. La apertura democrática y la amnistía de 1984 generaron un escenario promisorio. Sin embargo, en el devenir de los acontecimientos las amplias expectativas se vieron frustradas tanto por la política restrictiva del gobierno de Alfonsín (Oteiza et al., 1996) como por la inacción de la jerarquía católica (Azconegui, 2016b).

En contraste, en el nivel diocesano, cambiar la situación de los inmigrantes ilegales fue una de las prioridades del período y, en particular, en 1986. Durante ese año los miembros de la pastoral de migraciones de Neuquén desarrollaron dos actividades en las que retomaron las críticas realizadas por los obispos patagónicos para posteriormente aportar soluciones. Primero, realizaron un diagnóstico actualizado de la situación generada a partir de la aplicación de la política gubernamental en vigencia. Segundo, organizaron una “Mesa de trabajo sobre política migratoria nacional y regional” de carácter multisectorial que, luego de sesionar durante seis meses, elaboró una “Propuesta Alternativa” para solucionar los problemas de los indocumentados hasta tanto se legislara una nueva Ley Nacional de Migraciones. El documento, y el aval de la legislatura provincial que el mismo obtuvo, fueron posteriormente distribuidos a las autoridades ejecutivas y legislativas de nivel nacional y a las otras Legislaturas Provinciales.

La propuesta consistía en una nueva instancia de regularización en la que se incorporaban adecuaciones en los requisitos y plazos –en un intento de capitalizar los errores de las experiencias precedentes implementadas por el gobierno radical– e incluía a las personas cuyos casos continuaban sin resolver.⁹ Asimismo, proponía la implementación de un “permiso de ingreso”-ex-

⁹ La propuesta excluía el comprobante de trabajo y el contrato de locación, ya que los mismos habían sido considerados improbables por parte de la autoridad migratoria y porque se presbtaban para que inescrupulosos gestores se ofrecieran a solucionar dichos requerimientos a cambio de aranceles onerosos. En lo que respecta a los plazos, contemplaba un período de sesenta (60) días posteriores a su promulgación – evitando así los efectos de la retroactividad de las medidas anteriores que automáticamente producían un importante porcentaje de población ilegal- para hacer la publicidad necesaria dentro del país, como asimismo en los países limítrofes, especialmente a través de los consulados argentinos y de organizaciones que colaboran en la materia. (Mesa de trabajo, 1986).

pedido por el consulado argentino en el país de origen- y plazos claros para presentarse ante migraciones de manera tal de que el interesado que ingresara a la Argentina, lo hiciera debidamente preparado, evitando con ello que el desconocimiento de la realidad local lo transformara en un “ser ineficaz y prohibido para la sociedad”. Es decir, el objetivo era regularizar la situación de los indocumentados que aumentaban día a día –estimaban que en Neuquén el número ascendía a 15.000 personas- y, al mismo tiempo, generar las condiciones para que no volvieran a existir.

Consustanciados con la “opción preferencial por los pobres”, los miembros de la pastoral partían de una interpretación estructural sobre las causas de la pobreza, la marginación y la explotación (Levine, 1981), según la cual la responsabilidad de la existencia de indocumentados no residía en los inmigrantes que estaban sometidos a una legislación adversa y quedaban enredados en un “círculo vicioso”.¹⁰ Muy por el contrario, el responsable era el gobierno argentino que al no garantizar la correcta, fiel y permanente aplicación de las medidas en la frontera ni ejercer, ante los organismos de control de ingreso (Gendarmería Nacional), una estricta supervisión para evitar las arbitrariedades y relativización que hacían los mismos de las instrucciones que reciben, generaba nuevos ilegales (Pastoral de Migraciones, 1985).¹¹ Así, si el problema no pasaba por los inmigrantes (su origen, intencionalidad, capacitación, etc.) sino por las condiciones imperantes en la Argentina, la solución radicaba en transformarlas.

Dado que este objetivo requería del ejercicio del poder y de la acción política, la “Mesa de trabajo” y la “Propuesta Alternativa” por ella elaborada constituyeron la iniciativa que la pastoral de migraciones gestó desde la sociedad civil para cambiar los factores jurídico-institucionales que consideraban cruciales. Esta actitud refleja una acción pastoral renovada que no se reducía a la función de proveer consuelo y caridad sino que incluía otras dimensiones como denunciar las condiciones sociales que hacían imposible una vida moral y totalmente humana -la extrema pobreza, la explotación y la opresión- (Levine, 1981), y proveer de un marco interpretativo para la acción social (Williams, 2003), haciendo de la comunión religiosa una parte de la reconstrucción social y política. Si bien esta manera de concebir la ac-

¹⁰ Estar ilegal por no tener el dinero necesario para costear los gastos de radicación y, al mismo tiempo, no poder ganar y juntar el dinero porque no podían conseguir un buen trabajo por estar ilegal.

ción pastoral torna difusas la frontera entre la religión y la política – en sentido amplio-, la convocatoria a la “mesa de trabajo” con claras repercusiones políticas no debe ser entendida como una acción propiamente política sino como una derivación natural de la acción pastoral tal y como fue concebida y desarrollada por sus protagonistas.

Por otra parte, la experiencia incluyó una apertura al diálogo y la cooperación con otros interesados en los mismos problemas concretos, independientemente de sus creencias religiosas. Se incorporaron compañeros históricos de las iniciativas de la Iglesia católica local, como la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, el Partido Comunista, los gremios de la construcción y educación –con quienes protagonizaría años después la conformación de una contracultura de la protesta (Petruccelli, 2005)-.¹² Pero también organizaciones más lejanas, con las que había mantenido una relación conflictiva, como la CGT local y el partido provincial -el Movimiento Popular Neuquino-, al igual que el resto de los partidos nacionales (Justicialista, Intransigente, Demócrata Cristiano, Obrero, Unión Cívica Radical). Por último, pero no por ello menos importante, participaron organizaciones de chilenos e incluso expresiones políticas como los Partidos Socialista y Radical en el exilio.

La incorporación de otros actores y perspectivas disímiles enriqueció y fortaleció la discusión de la mesa de trabajo que implementó un proceso deliberativo, participativo en donde fueron escuchadas las opiniones de inmigrantes, trabajadores, políticos y del propio gobierno -representado en la figura del delegado local de la Dirección Nacional de Migraciones-.¹³ En esta experiencia subyacía una noción que superaba la visión del católico relegado a la vida privada y del ciudadano como mero elector, para considerarlos agentes activos en los procesos de decisiones públicas.

Finalmente, es importante señalar el rol jugado por el obispo neuquino,

¹¹ La continuidad de estos mecanismos perversos es uno de los factores que explican la existencia de 221.890 indocumentados de países limítrofes que regularizaron su situación en la amnistía de 1992 (OIM, 2012).

¹² Dado que la construcción era una de las ocupaciones laborales más comunes dentro de los chilenos, la participación de este gremio conlleva la representación de los intereses de muchos inmigrantes.

¹³ Por su proceso de elaboración colectiva, esta experiencia puede ser considerada como un antecedente del procedimiento implementado en la nueva Ley Nacional de Migraciones sancionada en 2004 en la que participaron diversos actores de la sociedad civil.

Jaime de Nevares. Como ya mencionamos, la pastoral neuquina se distinguía por ser un equipo, compuesto exclusivamente por laicos y con amplia mayoría de inmigrantes. Esta configuración y la concepción de sus miembros derivó en un comportamiento que jerarquizaba el aporte de los laicos, luchaba contra la cultura “cura-céntrica” imperante en la institución y defendía su autonomía y relación directa con el obispo, (Muñoz Villagrán, 2012). Si bien los laicos de la pastoral eran los que habían realizado el diagnóstico, recorrido los barrios y estaban atravesados por las múltiples dimensiones del fenómeno migratorio al ser ellos mismos inmigrantes, las sesiones de la mesa de diálogo eran presididas por el obispo. “Todo un lujo” en palabras de Jorge Muñoz Villagrán. La presencia del obispo cumplió la función de legitimar y respaldar la acción de estos laicos, de origen chileno, de cara a los otros participantes de la mesa de trabajo -quienes vivían en una sociedad impregnada por el prejuicio anti-chileno el cual adquiriría mayor protagonismo en contexto de crisis económica. Entonces, no eran sólo “los inmigrantes de la pastoral” sino la Iglesia neuquina, simbolizada en la presencia del obispo, la que estaba involucrada en la elaboración de la propuesta. De esta manera, el apoyo del obispo hizo posible que el equipo pastoral que priorizaba un catolicismo de testimonio junto a los sectores más vulnerables de los inmigrantes en los barrios fuera escuchado por los representantes del poder local y se sentaran a discutir sobre política migratoria con ellos.

La  acidad de convocatoria de la presencia del obispo,  quien era una de las  dos figuras fuertes de la provincia (Felipe Sapag, varias veces gobernador, era la otra) que marcaron los debates y las tensiones sociales a lo largo de más de tres décadas, (Mombello, 2004)  es difícil de medir. Por otra parte, dado que la ilegalidad profundizaba la marginación y el empobrecimiento tanto de los afectados directos como de la comunidad que los acogía –el aumento desproporcionado de la mano de obra barata, agudizaba la competencia desleal entre nativos y migrantes, y favorecía a los inescrupulosos empresarios que los contrataban (Pastoral de Migraciones, 1986)– es posible que la amplia receptividad haya estado relacionada con una toma de conciencia de la importancia del problema para toda la comunidad. No obstante, es llamativa la presencia de todas las fuerzas políticas en la “Mesa de trabajo” de 1986 cuando ninguna de ellas había tenido a la problemática migratoria como una de sus banderas en ninguna de sus campañas políticas ni en sus proyectos legislativos. Más allá del compromiso real o coyuntural de los po-

líticos, es necesario destacar que su participación en la elaboración de la “propuesta alternativa” favoreció la posterior aprobación de la legislatura neuquina.

El Seminario regional de vivienda popular

Los encuentros patagónicos desarrollaron una pastoral que por su carácter transitorio y progresivo tendía a empoderar al migrante y a promoverlo para que defendiera sus derechos y se insertara activamente en organizaciones de la comunidad de acogida (Azconegui, 2015). Aunque en los mismos se planteara, en reiteradas oportunidades, la necesidad de realizar actividades que ayudaran a despertar la conciencia y a que los migrantes pudieran valerse por sí mismos para ser protagonista de su propio desarrollo humano y cristiano, ciudades con numerosa población migrante como Comodoro Rivadavia o Bariloche, tuvieron pastorales que, en la mirada de los migrantes, sólo constituían un referente en materia de radicación (Baeza, 2012; Barelli, 2013). En contraste con estas experiencias, la pastoral neuquina conjugó esta labor más administrativa, relacionada con la documentación, con otras acciones destinadas a empoderar a los chilenos para que no se sometieran a situaciones de explotación, que no renegaran de su pasado y de su historia sino que se integraran a partir del reconocimiento de su propia identidad y de la defensa de sus derechos. Así, frente a problemas generalizados como el de la vivienda la pastoral promovía –en consonancia con el plan pastoral diocesano para todos los laicos– que los migrantes fueran activos y se integraran a las comisiones vecinales para hacer valer sus derechos.

Los primeros pasos de la pastoral neuquina en la lucha por la tierra y la vivienda enmarcada en la promoción social de los inmigrantes comenzó en los últimos años de la dictadura de la mano de la Interbarrial –que surgió desde las bases y alcanzó un alto nivel de representatividad de los barrios neuquinos. Los chilenos –que constituían la amplia mayoría en las áreas de la ciudad capital donde los servicios eran una cuenta pendiente y las condiciones del hábitat eran deficientes (Perren, 2013)-¹⁴ fueron claves en esta ins-

¹⁴ La precaria situación laboral de la mayoría de los chilenos, que empeoraba como vimos en el caso de los indocumentados, se sumó a las decisiones político-estatales (planes de viviendas inferiores al ritmo de crecimiento de la población y requisitos técnicos como el de nacionalidad que los excluía de los planes sociales) para reducir sus posibilidades habitacionales (Palermo, 1988).

tancia organizativa que reclamaba soluciones en materia de salud, infraestructura y educación (Aiziczon, 2014). La participación de la Iglesia Católica en la Interbarrial fue personal e institucional. Los miembros de la pastoral actuaron como representantes de sus barrios –ellos, al igual que los demás inmigrantes, compartían los mismos problemas habitacionales-. Su intervención en los debates y reclamos de la Interbarrial puede vislumbrarse en ejemplos como el reclamo, especificado en el documento final, por la reforma de la ley de migraciones para garantizar el derecho a la educación. Por el otro, la iglesia neuquina se hizo presente proporcionando el lugar de reunión y el respaldo del obispo a la iniciativa – que derivó en la presencia y el aporte de miembros del SERPAJ y del obispado de Quilmes que estaban involucrados en experiencias similares en el conurbano bonaerense-. Si bien la Interbarrial fue perdiendo paulatinamente fuerza y no logró sus objetivos,¹⁵ los contactos establecidos entre sus miembros y la Iglesia Católica se mantuvieron y desde la pastoral se siguió acompañando la lucha y la organización barrial. Ella estuvo presente defendiendo los derechos de los chilenos en los dos acontecimientos grabados en la memoria colectiva como hitos en la criminalización y vulneración de los vecinalistas e inmigrantes: la detención de Jorge Salas, el líder chileno de la Interbarrial (diciembre de 1984), y en el operativo policial en el barrio “cordón colón” que afectó a ochocientas familias (mayo de 1988).

El canal abierto entre los líderes vecinales de origen migrante y los miembros de la pastoral era propiciado desde ambos lados. Para los primeros, éste facilitaba la presencia de los representantes de la Iglesia católica (y la legitimidad que le daba a su intervención en los conflictos el apoyo del obispo) cuando era requerida. Para los segundos, el vínculo era indispensable para desarrollar su acción pastoral.

Trabajábamos con la gente, asesorando, atendiendo, motorizando... para que la gente se organice (porque eran tomas ilegales) para que no los tocan porque tenían derecho a tener su lugar, su tierra... había mucha persecución.

¹⁵ En un marco de rápida partidización de la política el énfasis de la Interbarrial en la autonomía respecto a los partidos dificultará las posibilidades de cooptación pero también las de articulación de la política (Palermo, 1988). Asimismo, se vio afectada por la reconfiguración de los centros vecinales producto del rediseño de la cartografía barrial propiciado desde la Municipalidad de Neuquén (Aiziczon, 2014).

(...). Trabajábamos con los líderes que se veían y, una vez fortalecidos en su organización, los dejábamos seguir caminando solos. (Pimentel, 2016)¹⁶

El objetivo era generar conciencia de que los derechos humanos son de cada una de las personas... y que tienen que aprender a exigirlos, y acceder a ellos, y a los mecanismos de exigibilidad. Nosotros lo que hicimos fue hacer de puente para que cada migrante se insertara en lo que le encajara (sic) mejor pero que su proceso de inserción fuera sumarse, adherirse a iniciativas de organizaciones populares. (Muñoz Villagrán, 2012)

Como reflejan los testimonios, tomar a los referentes como multiplicadores del mensaje era uno de los elementos centrales de la labor pastoral. El otro, pasaba por el contenido que se pretendía difundir. Lejos de tomar como objetivo hacer proselitismo para que la migración fuera o se hiciera católica, el equipo buscaba acompañar un proceso de integración. De este modo, el contacto con el referente vecinal era el que permitía que la pastoral se constituyera en el puente hacia la integración, basada en el respeto de los derechos humanos, de los inmigrantes en la sociedad neuquina.

Esta modalidad de trabajo —que conjugaba la ausencia de proselitismo católico con un discurso basado en los derechos humanos, el respeto de los valores del migrante y el trabajo con los líderes grupales— se ve claramente reflejada en la organización y desarrollo del Seminario regional de vivienda popular y permite insertar las prácticas de la pastoral neuquina dentro del marco más amplio del “catolicismo de la diversidad” (Mallimaci, 1992). La convocatoria —que fue dirigida a los referentes barriales—¹⁷ establecía claramente los principios que sustentaban la propuesta y las características del encuentro:

Las necesidades básicas de las personas son el trabajo, la salud, la educación, la tierra y el techo. Algunas no dependen sólo de nosotros (especialmente el trabajo seguro y bien pago) pero otras sí. En el caso de la tierra y del techo,

¹⁶ Ana Pimentel se integró al grupo en 1986 en donde trabajó por muchos años hasta convertirse en la delegada diocesana en 2009. Al igual que Villagrán Muñoz su vida a Neuquén está vinculada a las redes del catolicismo liberacionista. Ana Pimentel es hija de Eduardo Pimentel, reconocido militante católico y fundador junto a Jaime de Nevares de la APDH nacional en 1975.

¹⁷ Al taller asistieron 120 personas —37 técnicos (incluidos los promotores barriales) y 83 pobladores— pertenecientes a ciudades de Neuquén, Río Negro, La Pampa, Chubut, Buenos Aires y Uruguay. También estuvieron presentes dos representantes del Instituto Provincial de la Vivienda de Neuquén.

la necesidad de habitar dignamente, sí hay muchas cosas que dependen de nosotros si partiendo de nuestras experiencias buscamos organizarnos, capacitarnos. (Pastoral de Migraciones, 1986, el subrayado original)

El fragmento incluye una de las dimensiones más importantes: la valorización del sujeto. Como se desprende de ella, los organizadores interpelaban a los pobladores para que se involucraran en la solución a sus problemas habitacionales enfatizando que ellos mismos, con su experiencia personal, tenían mucho para aportar. La metodología de trabajo desarrollada en las dos jornadas del seminario también reforzó este aspecto. Las discusiones en pequeños grupos heterogéneos (compuestos por pobladores y técnicos) y dedicados a temas específicos (tierra, vivienda, infraestructura y equipamiento comunitario, participación y organización comunitaria), así como los plenarios integradores, estaban pensados para promover el intercambio de las diversas experiencias y favorecer el objetivo de “aprender juntos”. Esta dinámica de taller, de carácter horizontal, evidencia cómo desde la organización del evento se puso en práctica uno de los principios pedagógicos fundamentales del catolicismo liberacionista, la auto-determinación, según la cual las personas deben ser el sujeto de su propia liberación y los agentes pastorales tienen que respetar el ritmo de aprendizaje, la cultura, y los valores de las clases populares. De esta manera, esta experiencia pastoral que partió de las vivencias, necesidades e intereses de los pobladores sumó el aporte de los técnicos para encontrar soluciones a los problemas específicos de los participantes. El fin último era poner a los profesionales al servicio de los líderes barriales para potenciar la organización popular y favorecer la concreción de sus objetivos. Específicamente, este seminario —el quinto de una serie de encuentros nacionales ligados a las redes del catolicismo liberacionista— se realizó en Neuquén en 1986 para ayudar a fortalecer el Plan de Regularización de Tierras promovido desde la pastoral.¹⁸

¹⁸ Hacia 1980 se creó el SEDECA (Secretariado de Enlace de comunidades autogestionarias) dedicado a promover las iniciativas autogestionarias para que los pobladores fueran sujetos de su propio desarrollo y en 1984 comenzaron los talleres de tierra y vivienda. Un referente de este proyecto fue el Padre José *Pichi* Meisegeier SJ.

Es difícil establecer la influencia del Seminario en la concreción de políticas concretas y tampoco es el objetivo de este artículo. No obstante, es importante señalar que ese año la legislatura neuquina sancionó la ley 1.675 de excepción para la escrituración de lotes y viviendas únicas que permitió regularizar la situación a numerosos pobladores. La elaboración de la misma incluyó la participación de sectores barriales (algunos presentes en el seminario), políticos y de gobierno que trabajaron en el ámbito del ministerio de Bienestar Social.

El otro punto central para destacar fueron las definiciones y conclusiones del seminario. Al tomar el concepto de hábitat para abordar la problemática habitacional, la vivienda no era concebida como un fin en sí mismo -como era la perspectiva del gobierno y sus planes sociales- y se convertía en un medio para continuar la promoción del hombre, de la familia y de todo el barrio. En consonancia con esta visión que enmarcaba el encuentro y que le daba integralidad al problema de la tierra, los debates grupales instalaron como una necesidad la tarea de generar conciencia entre los vecinos acerca de la importancia de participar de iniciativas que beneficiaran a la comunidad en general, y contrarrestar las tendencias a la fragmentación, al individualismo, y la desmovilización que venían de la dictadura y se promovían desde las políticas públicas provinciales. Las conclusiones evidenciaron un consenso generalizado sobre la centralidad de fortalecer la organización de base como el camino a seguir. Si bien consideraban que la verdadera salida era que el gobierno nacional se hiciera eco de un pueblo que necesitaba de una ley nacional y provincial por la tenencia de la tierra, era importante unirse primero y luego demostrar que estaban en movimiento con pasos concretos como fiscalizar la actividad del gobierno municipal en relación a los fondos destinados a vivienda, y de manera similar a los ocupantes del cono urbano bonaerense, los pobladores se auto-identificaban como víctimas de una situación de injusticia -que imperaba en el país- que no les permitía disfrutar de derechos socialmente sancionados- y de la que ellos no se sentían responsables. Así, frente a la ilegalidad de su situación habitacional planteaban y anteponían la legitimidad de su reclamo evidenciada en la predisposición a asumir el pago de los lotes ocupados en condiciones acorde a sus posibilidades.

Reflexiones finales sobre la pastoral neuquina y su relación con los chilenos

La pastoral neuquina trazó desde sus inicios un perfil particular que la diferenció tanto de las experiencias homónimas en otras regiones como de las otras pastorales neuquinas. Según relata Jorge Muñoz Villagrán, el máximo referente de este grupo de laicos, el obispo Jaime de Nevares los llamaba “fronterizos” por su peculiar manera de llevar adelante su trabajo pastoral en el que conjugaban su pertenencia oficial a la Iglesia con un accionar focalizado totalmente en el afuera.

Como vimos en este capítulo, la pastoral ha recurrido a estrategias diversas para concretar sus objetivos mostrando una gran versatilidad. Por un lado, sus miembros que profesan un catolicismo de testimonio cercano a los individuos y grupos discriminados, vulnerables y empobrecidos, han privilegiado en sus acciones el trabajo de base, promocionando las organizaciones de la sociedad civil para que las personas sean artífices de su propio destino. Por el otro, y cuando la situación lo ha requerido, no han dudado en dejar a un lado su prescindencia clerical para recurrir al lugar histórico y hegemónico del obispo y de la Iglesia Católica dentro de la sociedad para actuar como un factor de poder y presionar a las autoridades gubernamentales.

Con el tiempo la pastoral se fue convirtiendo en un referente para un sector de los inmigrantes chilenos que, como vimos en este capítulo, participaron de sus iniciativas. De hecho, el equipo estuvo integrado en su amplia mayoría por chilenos. Sin embargo, no todos reaccionaron de esta manera. La heterogeneidad de la comunidad chilena de Neuquén se tradujo en reacciones dispares frente a esta pastoral. Algunas personas sólo se acercaron a la pastoral buscando la asistencia que necesitaban como certificados de nacimiento, matrimonio, antecedentes para obtener la residencia legal para luego desvincularse. En contraste, los sectores más politizados han mantenido una actitud crítica de la acción de la Iglesia católica, en general, y de la pastoral, en particular. Desde un sector de los chilenos que escaparon por razones políticas es posible identificar una crítica a la institución por crear la pastoral para limitar la radicalización de los chilenos en el exilio en un contexto en el cual Pinochet seguía gobernando y existían grupos que operaban políticamente desde el exterior y propugnaban como válida la vía armada para derrocarlo. Esta crítica pone en evidencia un lineamiento claro adoptado por la diócesis de Neuquén hacia 1975 pero que dada las condiciones imperantes durante la dictadura –el discurso difamador del régimen militar hacia la iglesia local, la polarización de las posiciones y el trabajo en materia de derechos humanos que llevó adelante el obispo y una parte de su comunidad católica– devino borroso generando confusiones con respecto a una diócesis renovadora, comprometida, politizada pero no radicalizada. La iglesia católica neuquina siempre diferenció e instó a las autoridades a diferenciar entre “la lucha armada e ideológica” –claramente rechazada– y el compromiso social de los cristianos –ampliamente fomentado.

Referencias bibliográficas

- Aiziczon, Fernando. (2014). Militantes chilenos en Neuquén. La experiencia de la Interbarrial durante los años '80". *Revista Izquierdas*, N°21, pp. 67-82.
- Azconegui, M. Cecilia. (2014). Chilenos en Argentina, entre la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y la política de expulsión de la dictadura militar. En S. Jensen y S. Lastra (comps.), *Exilio, represión y militancia. Nuevas fuentes y nuevas formas de abordaje de los destierros de la Argentina de los setenta*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, pp. 215-250.
- _____ (2015). Iglesia Católica y migración. La coordinación argentino-chilena en la asistencia al migrante bajo regímenes dictatoriales en Patagonia. *Revista Colección*, N° 25, Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales – Facultad de Ciencias Sociales, Políticas - UCA, pp. 127-157.
- _____ (2016a). Iglesia, Estado y sociedad. La protección de los refugiados chilenos en la Norpatagonia, 1973-1983, *Revista de Historia de la Universidad Nacional del Comahue*, Universidad Nacional del Comahue, pp. 145-174.
- _____ (2016b). La jerarquía católica frente a la problemática migrante, Mimeo.
- Baeza, Brígida. (2012). El caso de migrantes chilenos evangélicos y la expansión del pentecostalismo en Comodoro Rivadavia (Argentina). *Revista Cultura y Religión*, Vol. VI, N° 1, pp. 204 – 220.
- Barelli, Ana. (2013). La virgen del Carmen en San Carlos de Bariloche: devoción, pertenencia chilena y construcción identitaria (1970-1994). *Revista de Historia Americana y Argentina*, Vol. 49, N° 1-2, pp. 1-32.
- Bonin, Juan. (2002). Iglesia y Comunidad Nacional: estrategias institucionales entre la dictadura y la democracia. *Sociedad y Religión*, N° 24/25, pp. 77-92.
- Fabris, Mariano. (2010). La jerarquía católica y la construcción de una memoria de la dictadura en los años 80. *III Simposio Internacional sobre Religiosidad, Cultura y Poder*, Buenos Aires.

- Giménez Béliveau, Verónica. (2007). Carreras militantes. Comunidades católicas y formación de los sujetos en Argentina. *Ciencias Sociales y Religión*, N° 9, pp. 31-58.
- Giménez Béliveau, Verónica. (2008). Sociabilidades, liderazgos e identidad en los grupos católicos argentinos. Un acercamiento al fenómeno de los comunitarismos a través del caso de los Seminarios de Formación Teológica. En A. Alonso (Comp.), *América Latina y el Caribe. Territorios religiosos y desafíos para el diálogo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Levine, Daniel (1981). *Religion and politics in Latin America. The Catholic Church in Venezuela and Colombia*. Princeton: Princeton University Press.
- Mallimaci, Fortunato. (1996). Diversidad católica en una sociedad globalizada y excluyente. Una mirada al fin del milenio desde Argentina. *Sociedad y religión*, N° 14/15, pp. 71-94.
- Mármora, Lelio (1983). La amnistía migratoria de 1974 en Argentina. *OIT, Documento de Trabajo*. Buenos Aires.
- Mombello, Laura. (2004). “*Neuquén, nuestra forma ser*”. *Articulaciones entre la construcción de identidades/alteridades y las prácticas políticas en nortpatagonia*. Tesis de Maestría en Antropología Social con especialización en Antropología Política; IDES-IDAES/UNSAM.
- Muñoz Villagrán, Jorge. (2005). *Los “Chilenos” en Neuquén- Argentina... idas y venidas*. Neuquén: Educo.
- Obregón, Martín. (2005). *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del “Proceso”*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- OIM (2012). Integración y migraciones. El tratamiento de la variable migratoria en el MERCOSUR y su incidencia en la política argentina. *Cuadernos migratorios*. No 3.
- Oteiza, Enrique; Novick Susana y Aruj, Roberto. (1996). Política migratoria, inmigración real, y Derechos Humanos en la Argentina. *Documento de Trabajo*, N° 5, Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. UBA.
- Palermo, Vicente. (1987). *Neuquén, la creación de una sociedad*. Buenos Aires: CEAL.

- Perren, Joaquín. (2013). 'Salieron de la sartén para caer en las brasas'. Inserción laboral, segregación residencial y pautas matrimoniales de los chilenos en Neuquén durante la década de 1980. *Trabajo y Sociedad Sociología del trabajo – Estudios culturales – Narrativas sociológicas y literarias*, N° 21, Santiago del Estero, Argentina.
- Petrucelli, Ariel. (2005). *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Co.* Buenos Aires: El Cielo por Asalto/El Fracaso.
- Ruderer, Stephan. (2010). Religión y violencia en Argentina y Chile. Una cuestión de legitimación. *PROHAL MONOGRÁFICO, Revista del Programa de Historia de América Latina*. Vol. 2, N° 2, Instituto Ravignani, FFyL, UBA, pp. 83-120.
- Williams, Rhys. (2003). Religious Social Movements in the Public Sphere. En M. Dillon (ed.), *Handbook of the Sociology of Religion*, University of New Hampshire: Cambridge University Press, pp. 315-330.

Fuentes documentales Archivo Pastoral de Migraciones

- Mesa de trabajo. (1986). Propuesta Alternativa.
- Pastoral de Migraciones. (1985). Migrantes sin solución. *Revista Comunidad*, Año 5, N° 25.
- Pastoral de Migraciones. (1986). El Seminario regional de vivienda popular

Fuentes orales

- Pimentel, Ana. (2016). Entrevista realizada por la autora, Neuquén
- Muñoz Villagrán, Jorge. (2012). Entrevista realizada por la autora, Neuquén.